

de continuarlas; y, lo confesamos francamente, esta manera de hablar de Garibaldi nos gusta mas que dejarle contar por sí mismo su historia.

Con efecto cuando Garibaldi habla se olvida casi siempre de consignar sus hechos para referir los de sus compañeros, y como es de él especialmente de quien nos ocupamos, mas vale para verle tal cual es bosquejado por otro, que retratado por su propia mano.

Vamos pues á dejar al coronel Médici referir la campaña de Lombardía en 1848.

*

* *

Yo salí de Londres para Montevideo á mediados del año 1846.

Ningun motivo político ni comercial me encaminaba á América: fui para mejorar mi salud.

Los médicos me creían atacado de una tisis pulmonar; mis opiniones políticas me habían hecho ser desterrado de Italia: ambas cosas me impulsaron á atravesar el mar. Llegué á Montevideo seis ú ocho meses despues de la accion de el Salto de San Antonio. La reputacion de la legion italiana estaba en todo su apogeo, Garibaldi era el héroe de la época:

hice amistad con él y le rogué y conseguí que me admitiese en la legion.

Al dia siguiente vestí la blusa roja con adornos verdes y me dije con orgullo:

— Ya soy soldado de Garibaldi.

Nuestra amistad no tardó en aumentarse: primero me otorgó su afecto, despues su confianza, y cuando se decidió á venir á Italia, yo salí de Montevideo un mes antes en un paquebot que se dió á la vela para el Havre.

Traia sus instrucciones, claras y terminantes como todas las que da Garibaldi. Me habia encargado visitar en el Piamonte y en la Toscana á muchos hombres eminentes, entre los que se hallaban Fenzi, Guerazzi y Belnomini, el hijo del general; y yo sabia el paraje donde Guerazzi estaba oculto cerca de Pestoia.

Ayudado por estos poderosos auxiliares debia organizar la insurreccion; cuando desembarcase Garibaldi en Via Reggio, debia encontrarla presta; nos apoderaríamos de Lucca y marcharíamos á donde nos guiase la esperanza.

Pasé por París en los momentos de la conmocion del 15 de mayo; llegué á Italia, y al cabo de un mes contaba ya con 300 hombres prontos á seguirme á donde los llevase, aunque fuera al infierno.

Entonces fué cuando yo supe el desembarque de Garibaldi en Niza, y mi primer sentimiento fué el de incomodarme contra él al ver que habia olvidado lo que habíamos convenido.

Mas tarde averigüé que Garibaldi habia abandonado á Niza, dejando á Auzani moribundo.

Yo queria mucho á Auzani: todo el mundo le estimaba.

Corrí á Niza, y cuando yo llegué todavía vivia.

Le hice trasportar á Génova, y allí recibió la hospitalidad de la agonía en el palacio del marqués Gavotto, en el cuarto que allí ocupaba el pintor Gallino.

Me coloqué á la cabecera de su cama y no me separé de su lado.

Estaba preocupado, por mas que no mereciese, con mi resentimiento contra Garibaldi. Frecuentemente me hablaba de esto, y un dia cogiéndome la mano y con un acento profético que parecia inspirado en otro mundo:

— Médici, me dijo, no seas severo con Garibaldi: es un hombre tan privilegiado y protegido por el Cielo, que todos deben apoyarle y seguirle. El porvenir de la Italia está en sus manos, es un predestinado: yo mismo me he enfadado con él mas de una vez, pero convencido de su mision, siempre he sido el primero en olvidar mi enfado.

Estas palabras me impresionaron fuertemente, como impresionan las palabras de un moribundo, y no pocas veces despues han resonado en mi oido.

Auzani era filósofo y practicaba poco los deberes materiales de la religion. Sin embargo al preguntarle, momentos antes de morir, si deseaba ver á un sacerdote:

— Sí, respondió, haced que venga uno.

Yo me admiré de semejante acto, que calificué de debilidad.

— Amigo mio, me dijo, la Italia espera mucho en las actuales circunstancias de dos hombres, de Pio IX y de Garibaldi; pues bien, yo no quiero que se acuse de herejes á los hombres que han vuelto con el último.

Con esta conviccion, recibió los santos sacramentos.

Aquella misma noche, hácia las tres de la mañana, murió en mis brazos sin haber perdido el conocimiento ni un solo minuto, sin haber delirado ni una sola vez.

Sus últimas palabras fueron:

— No olvides la recomendacion que te he hecho á propósito de Garibaldi.

Despues de decir esto espiró.

El cuerpo y los papeles de Auzani fueron remiti-

dos á su hermano, hombre enteramente consagrado al partido austríaco.

El cuerpo fué llevado á Alzate, patria de Auzani, y el cadáver de este hombre, que seis meses antes no hubiera hallado en toda Italia una piedra donde inclinar su cabeza, fué conducido á su última morada con una marcha triunfal.

Cuando se supo su muerte en Montevideo, fué general el duelo en la legion. Se le cantó una misa de *Requiem*, y el doctor Bartolomé Odicine, médico y cirujano de la legion, pronunció su oracion fúnebre.

En cuanto á Garibaldi, para hacer revivir su recuerdo todo lo mas posible, cuando organizó los batallones de voluntarios lombardos, nombró al primero el batallon Auzani.

Despues de la muerte de este héroe, salí para Turin.

Un dia hizo la casualidad que al pasearme bajo los arcos de la plaza me hallase frente á frente de Garibaldi.

A su vista recordé los últimos consejos que me habia dado Auzani, secundados por el profundo y respetuoso afecto que yo profesaba á Garibaldi.

Al vernos nos tendimos mutuamente los brazos.

Despues de habernos estrechado, el pensamiento

de la patria se despertó en nosotros á un mismo tiempo.

— Y bien.... ¿qué vamos á hacer? nos preguntamos.

— Pero vos ¿no venís de Roverbella? le dije; ¿no habeis ido á ofrecer vuestra espada á Carlos Alberto?

Su labio se plegó desdeñosamente.

— Estas gentes, me dijo, no son dignas de que corazones como los nuestros les presten sumision. Nada con hombres, mi querido Médici; la patria, solo la patria, siempre la patria debe ser quien nos inspire.

Como no le encontré dispuesto á referirme los detalles de su entrevista con Carlos Alberto, cesé de interrogarle.

Mas tarde supe que el rey le habia recibido con mucha frialdad, enviándole á Turin, *para que allí esperase las órdenes* de su ministro de la Guerra, Ricci.

Este funcionario se dignó acordarse de que Garibaldi estaba esperando sus órdenes, y haciéndole ir á su despacho.

— Os aconsejo, le dijo, que vayais á Venecia. Allí podréis tomar el mando de algunas pequeñas embarcaciones y ser como corsario de suma utilidad á

los Venecianos. Creo que vuestro puesto está allí y no en otra parte.

Garibaldi no respondió nada á Ricci, pero en vez de salir para Venecia, permaneció en Turin.

Hé aquí el motivo de nuestro encuentro bajo los arcos.

— Y bien, nos preguntamos de nuevo, ¿qué debemos hacer?

Con los hombres del temple de Garibaldi, las resoluciones que se toman se llevan á cabo inmediatamente.

Acordamos ir á Milan, y aquella misma tarde salimos para la capital de Lombardía.

El momento era oportuno: acababa de recibirse la noticia de los primeros reveses que sufrió el ejército piemontés.

El gobierno provisional dió á Garibaldi el título de general y le autorizó para organizar batallones de voluntarios lombardos.

Garibaldi, y yo á sus órdenes, nos pusimos en seguida manos á la obra.

No tardamos en tener á nuestro lado á un batallón de voluntarios de Vicenza, que llegó organizado desde Pavia. Esto ya era una base.

Garibaldi formó el batallón Auzani, y no tardó nada en verle completo.

Yo me encargué de disciplinar á toda aquella juventud que, durante los cinco días, con trescientos fusiles y cuatrocientos ó quinientos hombres habia arrojado de Milan á Radetzki y á sus veinte mil soldados.

Pero tocamos las mismas dificultades que Garibaldi en 1859.

Estos cuerpos de voluntarios que representan el alma de la revolucion inquietan siempre á los gobiernos.

Pocas palabras bastarán á dar una idea del espíritu que dominaba en nuestro cuerpo de voluntarios.

Mazzini era el abanderado, y una de sus compañías se llamaba la Compañía Médici.

Comenzaron por no querer darnos armas, y un hombre con anteojos que desempeñaba un destino de mucha importancia en el Ministerio, dijo en alta voz que las armas que se nos diesen serian perdidas, y que Garibaldi no era mas que un hombre sanguinario.

Nosotros contestamos que nos conformábamos y que buscaríamos las armas por nosotros mismos, pero pedimos que se nos diese al menos uniformes.

Nos contestaron que no los habia, pero nos abrieron los almacenes donde se hallaban los de los Austriacos, Húngaros y Croatas.

Esto parecía una broma demasiado pesada para unos hombres como los nuestros que se disponían á dejarse matar combatiendo contra los Croatas, los Húngaros y los Austríacos.

Todos los voluntarios, que en su mayor parte pertenecían á las primeras familias de Milan, algunas millonarias, rechazaron la oferta con indignación.

Sin embargo fué preciso tomar un partido, porque no podíamos combatir los unos con *frac*, los otros con levita, y apoderándonos de los trajes de tela de los soldados austríacos llamados *Ritter*, hicimos con ellos una especie de blusas.

Era una cosa de risa: parecíamos un regimiento de cocineros, y hubiera sido preciso mucho ojo para haber reconocido bajo aquel vestido grosero á la juventud de Milan.

Mientras que se arreglaron los trajes á la medida de cada uno, empleamos todos los medios posibles para procurarnos fusiles y municiones; y ya una vez armados y equipados, nos pusimos en marcha hácia Bérgamo entonando himnos patrióticos.

Yo por mi parte tenia á mis órdenes ciento ochenta jóvenes, casi todos de las principales familias milanesas.

Llegamos á Bérgamo, y allí se reunió con nos-

otros Mazzini, que venia á ocupar su puesto en nuestras filas y que fué recibido con aclamaciones.

Allí tambien se unió á nosotros un regimiento de Bergamascos, quintos regulares del ejército piomontés, que traían dos cañones de la Guardia nacional.

No habíamos hecho mas que llegar, cuando fuimos llamados por el comité de Milan, compuesto de Fanti, Maestri y Restelli.

La órden que se nos comunicó nos mandaba volver á marchas forzadas.

Obedecimos, y emprendimos la vuelta hácia Milan; pero al llegar á Manza, supimos á un mismo tiempo que Milan habia capitulado y que una partida de caballería austríaca habia sido destacada en nuestra persecucion.

Garibaldi dispuso inmediatamente que nos retirásemos á Como, porque nos convenia hallarnos lo mas cerca posible de las fronteras suizas.

Garibaldi me colocó á retaguardia para sostener la retirada.

Como estábamos muy fatigados con la marcha forzada que habíamos hecho, y no habíamos tenido tiempo de comer en Manza, se apoderó de nosotros el hambre y la lasitud de tal modo, que los soldados

hicieron la retirada con el mayor desorden y falta de disciplina.

El resultado de esto fué la desercion á nuestra llegada á Como.

De los cinco mil hombres con que contaba Garibaldi se internaron en Suiza cuatro mil doscientos, y solo nos quedamos con ochocientos; pero él, como si no hubiese experimentado la menor pérdida de fuerzas, tomó posesion, con su calma habitual, de Carmelata, punto donde se unian varios caminos á muy poca distancia de Como.

Allí colocó en batería sus dos cañones, y envió emisarios á Manara, á Griffini, á Durando, á D'Apice, á todos los jefes de voluntarios del alta Lombardía, invitándoles á ponerse de acuerdo con él desde las fuertes posiciones que ocupaban, tanto mas seguras y sostenibles hasta el último momento, cuanto que estaban apoyadas en la Suiza.

Esta invitacion no obtuvo éxito alguno.

Entonces Garibaldi se retiró de Carmelata hácia el mismo San Fermo, en que tan completamente destruimos á los Austriacos en 1859.

Antes de posesionarse de la plaza de San Fermo nos formó y nos arengó. Las arengas de Garibaldi, vivas, pintorescas, ardientes, tienen la verdadera elocuencia del soldado. Nos dijo que era preciso

continuar la lucha en guerrillas, por ser el modo mas á propósito para triunfar y el menos peligroso, y que lo mas necesario era confiar en el jefe y apoyarse los unos á los otros.

A pesar de su calorosa alocucion, continuaron aquella noche las deserciones, y al día siguiente nos encontramos reducidos al número de 400 ó 500 hombres.

Este comportamiento decidió á Garibaldi contra todo su gusto á regresar al Piamonte, pero al momento de atravesar la frontera se avergonzó de su resolucion.

Aquella retirada sin haber combatido repugnaba á su valor, y se detuvo en Castelletto sobre el Tesino, mandándome recorrer los alrededores y llevarle el mayor número posible de desertores.

Fuí hasta Lugano, y volví con trescientos; contamos el total, y al ver que estábamos reunidos setecientos cincuenta hombres, Garibaldi encontró que éramos muy bastantes para marchar contra los Austriacos.

El 12 de agosto publicó su famosa proclama en la que declaró que Carlos Alberto era un traidor, que los Italianos no podian ni debian fiarse de él mas tiempo, y que todo patriota debia considerar como un deber hacer la guerra por su propia cuenta.

Lanzada esta proclama en los momentos en que por todas partes se batian en retirada, marchamos nosotros solos hácia adelante, y Garibaldi con sus 750 hombres practicó un movimiento ofensivo contra el ejército austríaco.

Nos apoderamos de dos vapores y de algunas otras pequeñas embarcaciones sobre Arona, y comenzamos nuestro embarque, que duró hasta la tarde. Al amanecer del día siguiente llegamos á Luino.

Garibaldi estaba enfermo: sufría unas calenturas intermitentes con las que en vano trataba de luchar.

En uno de sus accesos, entró en la posada de la Chocha, situada cerca de Luino y separada del pueblo por una pequeña ria sobre la que hay un puente: entonces me mandó á llamar.

— Médici, me dijo: necesito absolutamente dos horas de descanso. Reemplázame y vela por nosotros.

La posada que escogió era el peor paraje para un hombre febril que trataba de reposar, porque era la avanzada de Luino, y la primera casa que debía sufrir los ataques del enemigo, suponiendo que este se hallase en los alrededores.

Nosotros ignorábamos los planes de nuestros ad-

versarios, por tanto no sabíamos si estaba cerca ó lejos de nosotros.

Dejé á Garibaldi dormir tranquilo, prometiéndole tomar toda clase de precauciones para que no fuese alterado su sueño, y despues de hacerle esta promesa le abandoné.

Los fusiles formaban pabellones al otro lado del puente, y los soldados estaban acampados entre el puente y Luino.

Coloqué dos centinelas delante de la Posada, y envié á dos aldeanos para que explorasen las cercanías.

Al cabo de media hora volvieron mis espías gritando amedrentados:

— ¡ Los Austríacos ! ¡ los Austríacos !

Al oirlos me precipité en la morada de Garibaldi, repitiendo el mismo grito:

— ¡ Los Austríacos !

Garibaldi era presa de la calentura, pero saltó del lecho al oirme y me mandó hacer tocar á llamada, y formar á los soldados, diciéndome que desde la ventana descubriría el campo y vendría á reunirse con nosotros cuando fuese preciso.

Diez minutos despues estaban cumplidas sus órdenes, y él se encontraba en medio de nosotros.

Dividió nuestra fuerza en dos columnas: la una,

echando por un atajo, fué destinada á hacer frente á los Austriacos; la otra, tomando una posicion de flanco, impediria que fuésemos envueltos y al mismo tiempo atacaria.

Los Austriacos no tardaron en aparecer sobre el camino real, y se apoderaron inmediatamente de la Posada.

Serian de 1,000 á 1,500.

Garibaldi dió en seguida órden á la columna que cerraba el camino real de atacar, y cuatrocientos hombres se lanzaron resueltamente contra 1,200.

Una de sus costumbres es la de no contar jamás las fuerzas del enemigo ni las suyas: su teoría es que estando frente á frente de un contrario se le debe atacar, sea como sea.

Preciso es confesar que esta táctica le ha sido provechosa casi siempre.

Sin embargo los Austriacos permanecieron firmes, y juzgando preciso Garibaldi empeñar en la lucha todos sus recursos, llamó en su ayuda á la columna de flanco, renovó el ataque y esta vez tuvo éxito.

Yo tenia delante de mí un muro que escalé con mi compañía, llegando hasta el jardin. Los Austriacos nos hacian fuego por todas las ventanas de la casa; pero avanzamos en medio de las balas, los atacamos á la bayoneta y penetramos por todas

aquellas bocas que momentos antes vomitaban fuego.

Los Austriacos se retiraron en la mas completa derrota.

Garibaldi dirigió el ataque á caballo delante del puente y á unos cincuenta pasos de la posada, en medio de todo el fuego; siendo un milagro que habiendo estado como un blanco durante la accion, no le tocase ni una sola bala.

Desde el momento en que vió huir al enemigo, me mandó perseguirle con mi compañía.

La desercion la habia reducido á un centenar de hombres sobre poco mas ó menos, y con este escaso número nos pusimos en persecucion de 1,100 enemigos. Sin embargo no hubo gran mérito en esto, porque los Austriacos estaban poseidos de un pánico tan grande, que huian arrojando los fusiles, las mochilas y las cartucheras y no pararon hasta llegar á Varese.

En la Posada dejaron entre muertos y heridos hasta cien hombres, y mas de ochenta prisioneros en nuestro poder.

Oí decir que se habian detenido en Germiniada, fui á su encuentro; pero cuando llegué ya habian partido, y aunque seguí su pista, no me fué posible darles alcance.

Durante la noche llegó á nuestra noticia que otro batallon de Austriacos mas numeroso que el primero venia hácia nosotros.

Garibaldi me ordenó ir á Germiniada, y una vez allí, mandé construir inmediatamente barricadas y establecí troneras en las casas.

Estábamos tan acostumbrados á hacer esta clase de fortificaciones, que nos bastaba una hora para poner la aldea mas insignificante en estado de sostener un sitio.

La noticia que nos habian dado salió falsa.

Garibaldi envió dos ó tres compañías en distintas direcciones, y mas tarde reuniéndonos á todos nos dió orden de marchar sobre Guerla, y desde allí sobre Varese, en donde fué recibido en triunfo.

Caminábamos directamente hácia el cuartel de Radetzki.

Ocupamos la altura de Buimo di Sopra, que domina á Varese y que aseguraba nuestra retirada.

Allí nos fué preciso fusilar á un espía de los Austriacos.

Este espía estaba encargado de participar el número de nuestras fuerzas á tres gruesas columnas de Austriacos que se dirigian contra nosotros.

Una marchaba sobre Como, la otra sobre Varese,

y la tercera, separada de las dos primeras, se encaminaba á Luino.

Despues de saber esto no nos quedó la menor duda de que el plan de los Austriacos era colocarse entre Garibaldi y Lugano, cortándole la retirada ya por el Piamonte ó ya por Suiza.

Entonces abandonamos á Buimo para ir á Areisate. Al llegar á este último punto, Garibaldi me destacó con mi compañía, que hacia siempre el servicio de vanguardia, á Viggia, en donde á poco de arribar recibí orden de atacar inmediatamente á los Austriacos.

La primera columna que encontré fué la division de Aspre, compuesta de 5,000 hombres.

Este general Aspre fué el mismo que llevó á cabo despues la matanza de Liorna.

Para obedecer la orden que se me habia comunicado, me dispuse á combatir, y queriendo ocupar la mejor situacion posible, me apoderé de tres aldeas que formaban un triángulo.

Catzone, Ligurno y Rudero. Estas tres aldeas protegian todas las avenidas de Como. Detrás de ellas se hallaba una fuerte posicion, San Maseo, roca inexpugnable, desde la que podia descender á Suiza, es decir á un país neutral, con muy poca dificultad.

Dividí mis cien hombres en tres destacamentos, y cada uno ocupó una aldea.

Yo me situé en Ligurno, á donde llegué á media noche con cuarenta hombres, fortificándome lo mejor que pude.

Los Austriacos me atacaron al amanecer, despues de hacerse dueños de Rudero que encontraron abandonada, porque su guarnicion se habia refugiado en Suiza durante la noche.

Me quedé con solo sesenta hombres, llamé á los treinta que tenia en Catzone y corrí á paso de carga hácia San Maseo.

Allí podia defenderme, pero apenas me establecí en aquel punto fuí atacado, y el cañon austriaco de Rudero comenzó á dirigirnos una lluvia de balas y de cohetes á la congreve.

Entonces miré en derredor, y ví que la falda de la montaña estaba completamente rodeada por la caballería enemiga.

No por esto dejamos de defendernos con el mayor vigor.

Los Austriacos comenzaron á tomar por asalto la montaña y el fuego principió: por desgracia solo tenia cada uno de nosotros una veintena de cartuchos, y nuestros fusiles se hallaban en muy mal estado.

Al ruido de los tiros se cubrieron de curiosos las montañas de la Suiza, y cinco ó seis Tesinenses se reunieron á nosotros armados con carabinas y se batieron por aficion á nuestro lado.

Yo guardaba mi posicion y sostuve el fuego hasta que mis hombres hubieron quemado sus últimos cartuchos, con la esperanza de que Garibaldi oiria el cañon de los Austriacos y vendria en mi ayuda; pero Garibaldi en aquellos momentos tenia otra cosa que hacer mas que socorrernos. Habia sabido que los Austriacos avanzaban hácia Luino, y él, como siempre, no los habia esperado; habia salido á su encuentro.

Despues de haber quemado todos mis cartuchos, me convencí de que era tiempo de pensar en la retirada, y guiados por nuestros Tesinenses seguimos á través de las rocas un camino que solo conocian los habitantes del pais. Una hora despues nos encontramos en Suiza.

Yo me refugié con los míos en un bosque, y los habitantes del pais nos prestaron cajas en donde escondimos nuestros fusiles á fin de poderlos encontrar sin dificultad cuando llegase la ocasion.

Cuatro horas sostuvimos el combate 68 hombres contra 5,000; á pesar de esto el general Aspre hizo poner en todos los periódicos que habia trabado un